



¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana

Luigi Giussani, Madrid, Encuentro, 2008, pp. 65-77

La libertad

1. Qué es la libertad

Ahora debemos comprender bien lo que he llamado la intervención del hombre, tu intervención, es decir, la intervención de tu libertad. Es necesario que entendamos bien qué significa libertad. La esencia del yo humano es libertad, libertad que implica cerebro y corazón, inteligencia y fuerza de voluntad, energía de la voluntad. Sólo comprendiendo qué es la libertad podremos saber cómo usarla.

¿Dónde radica en nosotros la dificultad para tener una idea clara sobre ciertas palabras fundamentales para la vida? Nos resultan difíciles de entender las palabras que definen al hombre, justamente las palabras que definen al hombre frente al animal. ¿Por qué? Porque estamos alienados por la mentalidad común. Normalmente la palabra libertad coincide con hacer lo que a uno le apetece. Y esto es justo, como demostraré; pero no como piensa todo el mundo, porque todo el mundo es superficial al usar la expresión «libertad igual a hacer lo que te apetece». Pues, ¿qué quiere decir hacer lo que a uno le apetece?

Hay un única desventaja en seguir a Jesús, en ser cristianos, en estar en la Iglesia: la desventaja es que se está obligado a tomar conciencia de todo lo que se hace; la desventaja de tener que ser inteligentes, en resumidas cuentas. Pero no inteligentes en el sentido escolar del término, sino inteligentes en el uso de la inteligencia que, en el fondo, estaba implícito en la frase que siempre repetía Cristo: «Vigilad, estad alerta.»

Todos andan sin enterarse y repiten... Ayer íbamos en coche y vimos en mitad de la calle a un chico en bicicleta que iba cantando con la lengua fuera: «[Ooooooh]- ... ¡Un troglodita! La mayoría de los chicos si no son así físicamente -muchísimos son así físicamente, cada vez más-, lo son por dentro: ¡hacen «Ooooooh por dentro! Repiten las canciones que oyen o, peor aún, mueven simplemente la cabeza... es la reducción más mecánica posible de lo que sienten: ni siquiera repiten lo que oyen.

La experiencia de la satisfacción

Sin embargo, para entender las palabras que atañen a nuestra vida, ¿qué hay que hacer? Por ejemplo, la palabra justicia, la palabra amor, la palabra felicidad, la palabra vida, la palabra libertad... ¿Qué tenemos que hacer para entender qué es la libertad? Tenemos que partir de la experiencia en la que una persona se siente libre. Hay una determinada experiencia en la que la persona se siente libre y otra en la que no se siente libre. ¿Cuándo se siente libre alguien? Cuando ha satisfecho un deseo.

Pongamos que uno del Grupo Adulto quisiera irse al Caribe (nueve días con el Club Mediterráneo en el Caribe), y le pregunta entonces a Carla: «¿Puedo ir nueve días al Caribe? ¡Un millón de liras lo pone mi tía y el resto me lo dais vosotros!». Y Carla, gentilmente, como siempre hace incluso cuando corta, atajándolo gentilmente le dice: «No». Os juro que la persona en cuestión se siente en cierto modo negada, mortificada, casi sofocada, se siente esclava, no se siente libre. Pero si Carla, en un momento de locura, le dice: «¡Sí, sí, vete!». «¡Ahhhh...!»: se sentirá libre.

Hay que partir de la experiencia: éste es el yugo decisivo. Recordad que el hombre parte sólo del presente, porque el minuto anterior ya no existe, y el minuto posterior todavía no existe? Siempre partimos del presente y del presente como experiencia; de otro modo es un falso presente, es una abstracción. Partimos siempre del presente, por eso ha querido Cristo estar presente a lo largo de toda la historia. Y para llegar a Cristo partimos del presente, tenemos que encontrar a Cristo como presencia; sólo después se entenderá quién es, y se comprenderá también quién era hace dos mil años. La experiencia nos dice que tenemos un sentimiento de alivio y de libertad cuando resulta satisfecho un deseo que tenemos, y nos dice también que cuando un deseo nuestro no se ve satisfecho (cuando se te niega algo), se produce al menos un instante de opresión negativa, una sensación de esclavitud.



Todos los que se marchan de casa lo hacen por esto. Y todos los que, aun quedándose en sus casas, vuelven por la tarde sin demasiada ilusión (y esto nos afecta a casi todos) es por este motivo: se sienten oprimidos en sus deseos.

Entonces, ¿qué pone de manifiesto esta observación? Que nuestra experiencia -porque el hombre parte de la experiencia; es verdadero lo que parte de la experiencia, hasta el punto de que Dios ha querido comunicarse a los hombres a través de la experiencia carnal, en el tiempo y en el espacio- nos dice que libertad indica ese momento de uno mismo, esa conciencia de sí, en la que predomina el alivio que nos produce la satisfacción de un deseo. Libertad igual a satisfacción, *satisfacere* (satisfacer), deseo satisfecho. En lugar de satisfacción se puede usar una palabra más metafísica: perfección. La libertad es la perfección. En latín *perficere* (cumplir) significa exactamente *satisfacere*: un deseo satisfecho es un deseo cumplido, perfecto.

Amigos: yo deseo ir al Caribe, Carla me dice que sí y yo contento, feliz y libre, se lo digo a los demás, se lo comunico a los demás: «Pasado mañana me voy». Me voy al Caribe, pero luego vuelvo con la cara larga, peor que antes. «Pero, ¿cómo es posible? ¿No has estado en el Caribe?». «Sí, pero... no sé».

Esta satisfacción, esta perfección, si no es total, si no es totalizante, si presenta alguna fisura por la que se escapa el agua, si tiene algún agujero, si algo queda hueco, no es libertad, sino tristeza: el hueco es la tristeza. Como decía Dante en aquel terceto, el corazón del hombre está hecho así. «Cada cual intuye confusamente un bien [intuye la existencia de un bien, de la felicidad, de la satisfacción] en el cual el alma se complace y lo desea [busca; la búsqueda del hombre es siempre una petición]; y por eso [por ese bien] todos luchan [tiende a, está en tensión, *con-tende* con todos los factores de su vida; *con-tende* implica también al círculo de amistades y la compañía humana; busca alcanzar este bien] por alcanzarlo.

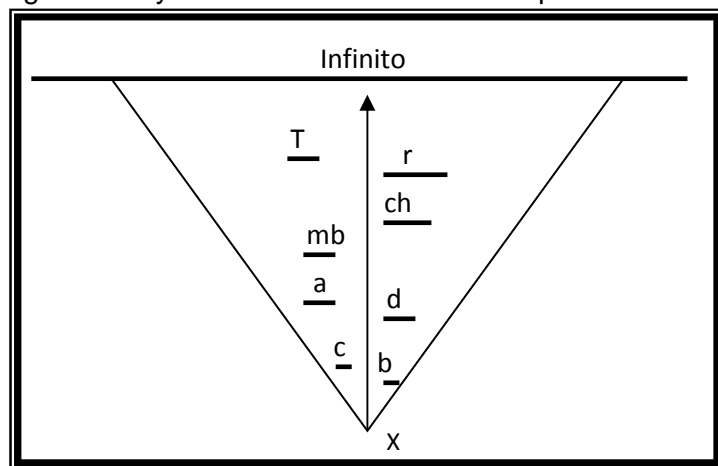
La trayectoria de la libertad

Ayudémonos con un dibujo (Fig. 2). X es el punto desde donde parte el hombre: la existencia empieza aquí.

El hombre tiene un dinamismo que le hace no quedarse nunca quieto. Nunca se da un instante igual a otro. El hombre que se para está perdido (¡es decir, muerto!).

Dibujemos al hombre como un ángulo abierto: el dinamismo del hombre tiende siempre a ir hacia adelante y a satisfacerse cada vez más, a cumplir los deseos que lleva dentro cada vez más. La definición esencial de la palabra libertad -si la libertad es satisfacción y perfección- es, como decía Dante, «un bien en el cual se aquiete el alma», el bien en el que todo se resuelve. Este bien en el que todo se resuelve es infinito porque cualquier cosa que el hombre posea le hace decir: «¿Y después?». Alcance lo que alcance, el hombre dice: «¿Y después?». Cualquier cosa de la que el hombre goce...

Fig. 2 La trayectoria del hombre hacia su plenitud



Cuanto más ama una persona, más le importa Cristo, para que le salve para siempre lo que ama: debemos aceptar a Cristo aunque sólo sea por esta razón. O no se ama nada o bien, cuanto más se ama, más necesario es Cristo para salvaguardar lo que se ama, para mantener aquello que se ama; de otro modo lo perderíamos, pues pasado mañana ya no existirá. El yo es relación con el Infinito. Toda la dinámica, todo el dinamismo del yo se desarrolla y tiende a la perfección, es decir al cumplimiento de sí,



cumplimiento que nunca halla en lo que alcanza, como ya escribí en “El sentido religioso”. Pues, siendo el corazón exigencia de verdad, de justicia, de felicidad, en nada de lo que el hombre alcanza se cumple esto. Por eso el hombre tiende a algo que está más allá, siempre más allá, que es trascendente. Nuestra conciencia percibe la existencia de algo distinto, es decir, de Dios, del Misterio, de Dios como Misterio. Por ahora lo dibujamos así: Dios (Infinito) es la meta a la que tiende el deseo del hombre. La libertad es mayor cuanto más se acerca al Infinito. Mejor aún, la libertad es la relación con el Infinito, la libertad llegará, pero todavía no está; la libertad llegará cuando el hombre sea feliz. Puesto que la libertad es deseo de felicidad, el advenimiento de la libertad será completo cuando el deseo de felicidad se vea satisfecho. La libertad -dice toda la filosofía de Santo Tomás y el pensamiento de la Iglesia, dice Jesús en el Evangelio- es la relación con el infinito, con Dios, es la realización de la relación con el Misterio. La libertad es la capacidad de alcanzar el destino, es el nexo, la relación con el destino último, la capacidad de alcanzar a Dios que es nuestro destino último. Nosotros vivimos la libertad como una capacidad de algo que debe llegar al final.

La vida del hombre es el espacio delimitado por este ángulo: en **a** la libertad todavía no es completa, en **b** no es completa, en **c** no es completa, en **d** no es completa: sólo será completa aquí (Infinito). Incompleta quiere decir imperfecta: nosotros vivimos la libertad en estado imperfecto.

Ya que la libertad es experiencia de satisfacción, de plenitud, esta plenitud, esta satisfacción, en su acepción total, acontece en la relación con el Misterio, con el Infinito. La libertad, antes de que la relación con el Misterio se realice totalmente, es algo incompleto, inacabado, todavía sin realizar, que se está llevando a cabo. La vida es el camino de la libertad que se está llevando a cabo, que se está realizando, pero es una libertad imperfecta.

2. Cómo se mueve la libertad

Ahora tenemos que ver dos ideas fundamentales.

a) A través de las criaturas. En primer lugar, ¿cómo se mueve este dinamismo de la libertad que está aquí dentro (**X**)? Si la libertad es relación con el infinito, ¿cómo podrá moverse? Es necesario que el Infinito la alcance para solicitarla. Como alguien que está durmiendo: tienes que ir hasta donde está y llamarlo. ¿Qué hace el infinito para llamarme, para llamar a la libertad? ¿Cómo se mueve la libertad? Las enzimas se mueven cuando hay hambre, cuando hay un estímulo que las provoca. ¿De qué forma se convierte Dios en estímulo que mueve al hombre? A través de las criaturas. Las criaturas son el modo mediante el cual el infinito se hace presente al corazón del hombre y le despierta la sed de sí, le despierta la exigencia de felicidad, de justicia, de verdad, de amor. Las exigencias de justicia, de verdad y de amor se ponen en marcha a través del estímulo que nos viene de la criatura, ese trocito de tiempo y de espacio, ese fragmento (**a, b, c, d...**) a través del cual nos toca el Misterio infinito, porque todas las cosas son signo de Dios.

Por ejemplo, llegados a este punto nos encontramos con una montaña, el *Mont Blanc* (**mb**), y el hombre -el dibujo debería hacerse en dos planos, pero no pasa nada- al ver el *Mont Blanc*, dice: «¡Qué bonito! ¡Si pudiera relacionarme con aquello que ha hecho esto! ¡Abrazar el *Mont Blanc*!». Con el tiempo el chico crece, y después de haber visto el *Mont Blanc* ve «la montaña blanca»: ve a la chica (**ch**). ¡Y la chica lo atrae más que el *Mont Blanc*!

Por tanto, primero: la libertad, el dinamismo de la libertad entra en acción, porque es impactado por las criaturas (lo tocan más o menos según la criatura le corresponda más o menos), porque sigue el modo en el que Dios se le presenta, y se le presenta en el signo de las cosas.

Pero esto requiere, ciertamente, una condición: requiere estar atentos, ser sinceros. ¿Entendéis por qué Jesús dice: «Bienaventurados los pobres»? ¿Entendéis por qué Jesús ama a los niños y los pone como ejemplo? Es necesario no tener prejuicios, es decir, estar ante las cosas y sentir el reclamo de su originalidad, de su pureza: «Te doy gracias, Padre, porque has hecho entender estas cosas no a quienes creen ser alguien, sino a los sencillos». Sencillo es quien llama al pan, pan y al vino, vino.

¿Qué es lo contrario de esto? La mentira. La mentira está en contra de la libertad; lo contrario de la libertad es la mentira. Tanto es así que el pecado, que es lo contrario de la libertad, se identifica en el



Evangelio de Juan con la mentira: el pecado es una mentira. ¿Cuál es la verdad de esta **ch**? Su relación con el infinito: **ch** es un trocito que me representa al infinito. Esta **ch** es un trocito que me representa al infinito más que **mb**.

b) La libertad imperfecta. Y ahora, ¿qué sucede? Supongamos que la libertad sea una locomotora, un caballo, un avión, un medio de transporte cualquiera. Llega aquí (**mb**) y dice: «¡Qué bonito!»; se para a alabar a Dios porque ve el *Mont Blanc*. Y cuando llega a este punto (**ch**), se siente atraído por él.

Supongamos ahora que éste del que estoy hablando (**X**) es médico en Tanganica, porque le ha atraído la idea de ir de misión a Tanganica (**T**), ha consagrado su vida y se ha hecho fraile para ir a Tanganica. Aquí tenéis que hacer trabajar más a vuestra imaginación. Viviendo como fraile en Tanganica, conoce a una rubia (**r**). ¿Me seguís? (Por eso necesitaríamos el segundo plano: como si **T** y **r** tuvieran lugar al mismo tiempo).

Mientras está en Tanganica trabajando, ya con los votos perpetuos, al conocer a la rubia, dice: «La rubia me atrae más que ser fraile. Entonces, como la rubia me satisface más, tengo derecho a irme con la rubia». Si le atrae más la secretaria, ¿por qué no se iba a ir con ella? Pues, porque en el designio de su vida, el Misterio de Dios le había pedido una tarea, le había dado esta vocación, aunque le hiciera conocer a aquella otra mujer. ¿Cuál es la ley fundamental? La ley fundamental es que tienda hacia aquí (Infinito): que tienda a su destino. Si la ley es tender al destino (Infinito), **T** está más cerca, le haría estar más cerca que **r**, le haría caminar más. ¿Me explico? Pero **r** le atrae más. **T** corresponde más a las exigencias de su corazón, a pesar de lo que parezca, porque la exigencia del corazón es la felicidad total, es el destino; pero la mayor emoción viene de aquí, de **r**, y entonces uno cede a la emoción que siente y se desvía hacia aquí. Evidentemente, perderá el camino. Éste es el concepto de pecado. La posibilidad del pecado está implícita en el dinamismo de la libertad: elegir ante una criatura aquello que satisface más de una manera inmediata, en lugar de relacionarse con ella para tender más al destino para el que hemos sido hechos. El pecado es desbordarse, salirse del cauce que nos lleva hacia el destino, para detenerse en algo que, en ese momento, interesa más. ¿Queda claro? Bueno, ya volveréis a pensar en ello.

Pero, ¿por qué la libertad puede cometer este error? Si reflexionase, si fuese como Sócrates o Séneca, si fuese un gran estoico o un gran filósofo, ¿no cometería este error? ¡Sí! También ellos lo cometían. Todos cometen errores; todo el mundo comete pecados de una manera u otra. ¿Por qué es así la libertad? Porque aún no es perfecta. Sólo cuando la libertad llegue hasta aquí (Infinito), al encontrarse ante su objeto pleno, no podrá ya elegir, ya que será perfecta, estará totalmente satisfecha, no podrá tener la tentación de elegir otra cosa. Pero ya he comentado la segunda cosa importante: al estar en camino hacia el destino, la libertad imperfecta puede equivocarse. Pecar significa desfallecer, *amartânein*, fallar en el camino y tomar otro; como en un desierto: si la caravana pierde la brújula, perderá el rumbo.

La libertad es imperfecta, y precisamente porque es imperfecta puede elegir algo que no sea adecuado. La capacidad de elección es lo propio de una libertad en camino, no de una libertad ya perfecta. La elección no pertenece a la definición de la libertad: la libertad es satisfacción total. El error, la posibilidad de error, pertenece a una libertad que no es libre todavía, que no es todavía libertad, que no ha alcanzado aún la satisfacción total. Por eso se llama defecto. En latín *deficere* significa desfallecer, como cuando uno sufre un colapso, una hipoglucemia repentina grave: la tensión le baja de golpe y entonces desfallece. Es la descripción del pecado. El error consiste en esto: en el atractivo o la emoción que suscita una criatura que ejerce una influencia inmediatamente más fuerte que otra cosa que haría avanzar más la libertad, que le haría caminar mejor. El error no es el atractivo que se siente; el error es preferir este atractivo al atractivo más débil pero más activo y seguro para caminar hacia ese destino que, a través de algo, se había insinuado, propuesto, al corazón.

La vocación, es decir, el designio total de Dios sobre vuestra vida, os propone al comienzo cosas que, por su propia naturaleza, normalmente resultan menos atractivas que las discotecas, las chicas, la compañía tal y como la viven vuestros compañeros (incluidos los del movimiento); pero, si seguís estas



cosas, a través de ellas, caminaréis hacia vuestro destino. Cuanto más caminéis, más atractivas os resultarán las cosas que representan vuestro destino: cuanto más caminéis, más magnífica será la vocación.

Es lo contrario de lo que sucede con las cosas mundanas: el atractivo tiene su momento culminante al principio, pero después se acaba. ¿Me seguís o no? Hay que repetir estas cosas cien veces; o uno las descubre en su experiencia o, si se las enseñan, tiene que repetirlas mucho para descubrirlas en sí mismo, hay que repetírselas para llegar a comprenderlas.

El dinamismo de la libertad es provocado por las criaturas. Por eso *omnis creatura bona*, como decía San Pablo: cada cosa es un bien, porque cada cosa te remite al Creador, cada cosa, todo, aunque pueda haber una de ellas que te atraiga más. Si tienes que elegir entre ésta y otra cosa que te atrae menos, pero que te hace avanzar más hacia el destino, te verás razonablemente obligado a seguir la segunda, no la primera. Si no lo haces cometes un error: esto es el pecado. Ello sucede porque la libertad todavía no es perfecta, tanto es así que debe ser estimulada por las criaturas, tanto es así que puede equivocarse. Aún no es perfecta; es una libertad en camino. La libertad de elección no es la libertad, es una libertad imperfecta. La libertad será perfecta, plena, cuando esté frente a su objeto, el que la satisface totalmente; entonces será plenamente libre, será totalmente libertad.

3. Las condiciones de la libertad

Pero, amigos, como *nota bene* final, si uno siente un mayor atractivo por otra cosa, y Dios sin embargo le quiere aquí, para poder renunciar a la atracción y venirse aquí, ¿qué será necesario?

a) La conciencia del destino. Primero: una conciencia clara del destino, el amor al destino. Nos equivocamos si perdemos de vista el destino.

Todos, en un cien por cien de los casos, viven así. Debemos estar atentos, porque también nosotros vivimos así. Lo terrible es que se vive conforme a un criterio que está en contra del hombre, que es inhumano. Aparenta otra cosa, y todo el mundo dice: «Es justo, es cómodo, es para tu provecho, te interesa, ¡entonces hazlo!». ¡No! Porque el destino de la vida no es lo que nosotros queremos, es el misterio de Dios, la conciencia del Misterio, la conciencia del destino.

b) El gobierno de uno mismo. Segundo: se requiere una fuerza para arrancarse, una fuerza para separarse de ese atractivo, de modo que tú pongas tu energía en caminar hacia el destino. Esto se llama mortificación, capacidad de mortificación o de penitencia. Penitencia, que en griego se dice *metánoia*, significa «cambio de dirección»: en lugar de ir hacia aquí, que te atrae más, debes hacer un esfuerzo para cambiar de dirección, para cambiar la *mens -nous* en griego-, para cambiar la decisión que debes tomar.

La compañía

Por tanto, conciencia del destino -sentido religioso- y energía para dominarse a sí mismo -gobierno de uno mismo-, cuyo aspecto más crítico se llama mortificación o penitencia. Decidme si estas dos cosas son posibles para una persona aislada. El valor más externo y evidente, más inmediato, que tiene la compañía, es que te remite al sentido religioso, al destino ...

Amigo, estas cosas no te las dice ni tu madre; el reclamo al destino y el reclamo al gobierno, al dominio de ti mismo: tú te gobernarás según la conciencia que tengas del destino. Esto implica siempre un desgarrar, una herida. El término cristiano para decirlo es la palabra penitencia o mortificación. Mortificación significa que parece muerte, parece renuncia, ¡pero no lo es! Porque si uno escoge esta **T**, verá luego a **r** con otra luz, no la perderá; la verá bajo la luz permanente, eterna, verdadera y eterna; y amarán con un amor verdadero y eterno. Ya no la pierde, es más, otro la perderá, pero él no. ¿Me habéis entendido?

He querido detenerme en el problema de la libertad, porque la fe, al referirse al acontecimiento del Misterio hecho hombre, que se hace un hombre entre los demás... Jesús era un hombre entre otros, era un hombre que caminaba entre las casas, era un hombre que andaba por los senderos, era un hombre entre la multitud de Jerusalén, era un hombre entre los demás. Pensad en Juan y Andrés: desde



que encontraron a aquel hombre, volvieron a casa con su mujer y sus hijos, siguieron pescando -hasta el último capítulo de San Juan se habla de la pesca nocturna-, continuaron yendo a la sinagoga con los demás, a Jerusalén, iban de paseo... hacían todo igual que antes, pero ya no como antes; entre sus personas y lo que hacían se erguía una figura que llevaban dentro de sí: aquel hombre. Estaba entre sus ojos y lo que veían, entre su corazón y lo que hacían, en todo, ¡en todo!

¿Con qué tiene que ver este Infinito? ¡Con todo! Con el pelo... «Hasta el último cabello de vuestra cabeza está contado», dijo. Es lo más bello que dijo, porque no hay nada que describa la presencia contingente, banal, concreta, material, efímera, como un cabello que cae de la cabeza. O, también, la mirada con la que hablaba de la flor del campo y del pájaro que cae, y, sobre todo, del hijo del hombre, del niño: «¡Ay de quien escandalice a un niño! Valdría más que le colgaran al cuello una de esas piedras de molino y lo echaran al mar». Hacer daño a un niño, tanto en sentido material como moral: todo el mundo evita hacer daño a los niños en sentido material, pero en sentido moral todos les hacen daño; no les importa, incluso a sus padres. Nadie ama más que aquel hombre: «Tomó en brazos a un niño y lo estrechó» y dijo aquella frase. Ante una escena como ésta no hay posibilidad de imaginar un mayor amor al hombre. Una madre -la madre de aquel niño, si tenía la mirada suficientemente abierta-, no se habría sentido suplantada, sino espectadora de un amor a su hijo mayor que el suyo.

La llamada de Jesús implica siempre la entrega a una comunidad; la pertenencia a Jesús siempre coincide con la pertenencia a una comunidad. Estas comunidades son como los brazos de Cristo para aquel niño, como la mirada de Cristo que cuenta los cabellos de la cabeza, como Su mirada que advierte el pájaro que cae o la flor del campo, como la poderosa energía con la que Jesús resucita al adolescente muerto, hijo de la viuda de Naín. Pero, ¿qué pretendía Jesús antes y después de aquello? Jesús quería resucitar el alma de aquella mujer: «Mujer, ¡no llores!».

La comunidad es literal y físicamente Jesús que está haciendo estas cosas, Jesús presente: entonces aprendes en la comunidad qué es tu destino. Y, en ella, Él te da la fe, te sostiene en la fe, gobierna y educa tu fe. Allí te hace entender qué es la libertad y educa tu libertad, madura la conciencia del sentido religioso y la conciencia del sacrificio que se debe hacer y, por lo tanto, la conciencia humilde, sin inútil desesperación de tu pecado, de tu error, de la facilidad de pecar. Sí, tu facilidad de pecar, pues el hombre tiene una gran herida, lleva la señal de una herida enorme, que hace que el brazo que habría podido levantar treinta kilos no logre levantar ni tres, porque está debilitado, como si se tratara de una parálisis infantil: a esto se le llama pecado original. Por eso la comunidad te dice que no te escandalices ante la tentación que sufres y que tampoco te escandalices por el error que cometes; y que vuelvas, de manera indomable, a emprender el camino. Juntos reconocemos lo que nos lleva al destino, reconocemos lo verdaderamente grande en la vida -es grande lo que nos hace ir hacia el destino-, y reconocemos la atracción ilusoria, lo ilusorio de cierto atractivo. Todo ello es la educación que la comunidad te da.

Entonces, ¿qué hay que hacer con nuestra libertad? Lo mismo que con la fe. ¿Cómo aprendieron los apóstoles a tener fe en aquel hombre? Siguiéndolo. Si Juan y Andrés hubieran ido a verle sólo aquel día, se habrían impresionado, y al cabo de diez años les habrían Contado a sus hijos: «Hace tiempo vimos a un hombre ... », pero no habrían tenido fe en aquel hombre. Lo siguieron. ¿Y cómo se aprende a ser educados en la libertad, de tal modo que la libertad se convierta realmente en la fuerza de nuestra vida, dando así dignidad a nuestra vida (la dignidad del hombre está en la libertad, porque es la relación con el infinito)? Siguiendo; siguiendo a la compañía en la que el Señor, al llamarnos, nos ha puesto. Seguir, no hay nada más inteligente que seguir.

Síntesis

Hemos visto qué es la libertad; la situación de la libertad en su imperfección, la libertad en camino, imperfecta, por lo cual puede elegir... pero, ¿por qué puede elegir? Porque es imperfecta.

En clase hacía la siguiente observación: una vez que la libertad llega hasta aquí (Infinito), no queda bloqueada, sino que por el contrario, se abre de par en par, está entera; aquí, en (r), aunque sea grande la atracción que siente, la libertad se halla, en cierto sentido, bloqueada, pero «juega» dentro de



ello, se mueve dentro, es como un mecanismo que no encaja del todo bien. Al moverse por dentro puede elegir otra cosa, es decir, la elección nace del hecho de que la libertad no es todavía ella misma.

Hemos visto qué es la libertad y la condición de la libertad, puesto que la libertad no es elección y sólo tiene posibilidad de elegir porque es imperfecta. Al ser posibilidad de elección puede mirar a algo que no debe, porque sólo «debe» lo que la lleva al destino. Esta es, por tanto, la ley moral: lo que la lleva al destino. Sin embargo, elige algo que no la lleva al destino, que la sustrae al destino: en esto consiste la imperfección, el error, el pecado. Es como decir: «¡Lástima!, podría haber sido un chico listo, pero no lo ha sido».

Para realizar la elección justa es necesario tener una conciencia clara de la relación con Cristo, de nuestra relación con el destino, es decir, el sentido religioso vivido. Leed el vigésimo primer capítulo del Evangelio de San Juan, cuando estaban todos juntos aquella mañana... y Jesús había preparado comida para todos -¡qué delicadeza!- y nadie osaba hablar porque todos sabían que era el Señor. Estaba allí junto a Simón y le dice, sin que los demás se dieran cuenta, en voz baja: «Simón, ¿me quieres tú más que éstos?». Es el culmen de la moral cristiana, el comienzo y el fin de la moral cristiana. No le dijo: «Simón, me has traicionado; Simón, piensa la de veces que has fallado. ¡Piensa, Simón, cuántas traiciones! Piensa, Simón, que mañana, pasado mañana, puedes volver a fallar, piensa en lo débil que eres, eres un bellaco conmigo». ¡No! «Simón, ¿me amas más que éstos?». Y todo se vino abajo, todo; pero este venirse todo abajo arrastra, y así Pedro, al amarlo, terminó por morir como él. Id a la página 408 del libro *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, y encontraréis la frase de Santo Tomás que dice, más o menos, que el hombre encuentra su dignidad al elegir lo que más estima en la vida y de lo que espera su mayor satisfacción.

Si esperas tu satisfacción de algo que mañana puede convertirse en polvo, tendrás polvo. Pero, ¿quién nos recuerda estas cosas? Nadie sabe recordárnoslas y nadie tiene la energía suficiente para hacerlo por sí mismo. Es posible sólo si estamos juntos: así es la Iglesia que, en medio del mundo, reclama al mundo. Podría haber un gran hombre, más noble que Sócrates y mejor orador que Demóstenes, pero ¡hablaría sin ton ni son! Todos los periódicos lo publicarían al día siguiente, todos lo estimarían, pero nadie lo seguiría. Únicamente en compañía se nos recuerda esta mortificación y esta seducción del ser, que es el sentido religioso, esta fascinación por el ser y la conciencia de la propia fragilidad, del pecado debido a una elección nuestra. Es un bien poder elegir, pero es un mal poder elegir mal, por eso es ambiguo. No es que la libertad se encuentre en una postura malvada, es que se encuentra en una postura ambigua aún, puede elegir el bien y puede elegir el mal. En la comunidad se nos ayuda a comprender, a tener conciencia de cuándo se elige mal, a reconocer cuándo se elige mal, a tener la fuerza del dominio de sí para separarse del mal -por medio de la mortificación, penitencia o *metánoia*, «cambio de mentalidad»- y adherirse a lo que nos lleva al destino, para aguardar todos los días al destino y esperar todos los días que venga.

Invitación a la oración

Por eso, de ahora en adelante, tenéis que repetir dentro de vosotros lo más frecuentemente posible la breve oración que es emblema del Grupo Adulto: *Veni Sancte Spiritus, Veni per Mariam*. Ven, oh Espíritu del Inmenso, del Misterio, porque es el Espíritu del Misterio, el Espíritu de Cristo quien nos hace entender las cosas, quien nos da la energía necesaria para seguir las cosas justas. ¿Y cómo nos ayuda el Espíritu de Cristo? A través de las entrañas de una mujer: Cristo nació de las entrañas de una muchacha de diecisiete años. El Espíritu nos comunica su luz y su ayuda a través de las entrañas de nuestra experiencia común, de una experiencia en comunidad; a través de las entrañas de una experiencia concreta.